

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1503-1575)

CARTA A DON DIEGO LASSO DE CASTILLA

Tal edad hay del tiempo endurecida
que a su primer principio se revuelve,
el término pasando de la vida.

La voz de áspera en blanda se resuelve,
en dientes el encía se levanta,
la lengua y negra barba en blanca vuelve.

Tal árbol, que de antiguo nos espanta,
se perdió, viejo tronco, so la tierra,
y agora sale encima nueva planta.

Una virtud secreta hay que se encierra
en todos los sujetos que contemplo,
la cual tarde o temprano nunca yerra.

Colgadas ya las armas en el templo,
torna el viejo soldado a la porfía
por ira, por virtud o por ejemplo.

Dos fuegos nacen juntos, y los cría
el alma desde el punto que es criada;
crecen con ella juntos a porfía,

prosiguen al principio la jornada,
y muévense al principio juntamente
sin orden o razón determinada.

Truécase cada cual por accidente
y por ciega ocasión en pecho ciego,
sin causa, voluntad o inconveniente;

pero nunca se acaba tanto el fuego,
que no deje secreta una centella
viva en el corazón, señor don Diego.

Dios te libre de mal y de no vella,
pues levanta la llama tan crecida,

que el lugar donde está se abrasa en ella.

Quien la trae se piensa que escondida
en lo hondo del pecho la retiene,
aunque todos la vemos encendida.

El un fuego, más blando, se detiene
poco a poco en crecer y en arraigarse;
éste es más peligroso cuando viene.

Ciertas partes comienzan a mostrarse,
que mueven el sentido y el deseo
antes que la razón pueda afirmarse.

Sale contraminando de rodeo,
con determinación blanda y dudosa
emprende si le veo o no le veo.

Ésta es una ponzoña muy sabrosa
que entre conversación sorda camina
sin parecer a nadie sospechosa.

Poco a poco el favor te contramina,
sientes en tu señora otro gobierno,
con cualquier golpe amor te desatina.

Hállase de amistad el pecho tierno
mostrando querer bien, mas no de esta arte,
y abrásase en un fuego del infierno.

Entra en el corazón por cada parte,
contrasta la razón con el sentido
y ni osas rendirte ni guardarte.

Al cabo se da el hombre por vencido,
descubre la dolencia en puridad,
dejándose llevar a mal partido.

Este fuego es amor y fue amistad;
suele prender tan recio al pobre amante
porque funda su ser sobre verdad.

Ocasiones me vuelan por delante
que perdí cuando de esta suerte amaba,
que me quise ahorcar en el instante.

Mejor gallo aquel tiempo me cantaba;
a lo menos tenía bueno un punto,
que la conversación no me faltaba.

El otro fuego arde todo junto
con furia que os revienta el corazón
y a cada paso os tiene por difunto.

Si se mueve con causa o con razón,
aunque se enciende presto, nunca deja,
y éste nos da mayor alteración.

Está lejos la causa y no se aleja,
antes la ves presente y de manera
que sin ser ofendida se te queja.

A tiento se encamina por defuera,
si tu servicio en algo descontenta,
siempre estás deseando lo que fuera.

No viene de otro cabo esta tormenta
ni, como esta otra, sube poco a poco;
junto se siente el golpe y el afrenta.

Dure cuanto durare nunca es poco
porque en tanta abundancia sube y crece,
que antes de ser sentido torna loco.

Muy lejos este fuego se parece:
el ruido y el humo que de él sale
a los vecinos ciega y ensordece.

El caso le despierta y de él se vale,
y sigue la elección tuerto o derecho,
mas con cualquier sospecha se desvale.

Revienta echando chispas por el pecho
de celoso temor o sobresalto,
aunque todo favor le entra en provecho.

Cuando pienso encumbrarme en lo más alto,
da conmigo en el suelo en un momento
tal que me deja atónito del salto.

Dulce ver es de tierra un bravo viento

que levanta la mar alta y hinchada,
sacando las arenas del cimientó;

entre las altas ondas trabajada
una pequeña fusta abandonarse,
que en breve será rota o anegada;

ver, sin peligro nuestro, menearse
y caminar con fiero continente
dos bravos escuadrones, afrontarse;

no porque el mal ajeno te contente,
mas porque, en la verdad, es dulce cosa
carecer del dolor que el otro siente.

Tú, fuera de esta llama peligrosa,
si algún fuego te quema es como paja
que en un instante crece y se reposa.

Poca es la diligencia que lo ataja,
y su furor se apaga y desencona
por arrojar en él cualquier alhaja.

Córrome de mi ser como una mona,
que en tal libertad me vi primero
cual nunca se ha hallado otra persona.

Acúsome de puro majadero,
porque no hay cosa firme en este mundo
que el tiempo no la traiga al retortero.

En la cuenca del cielo y del profundo,
donde todo de un arte se rodea,
no hallarás primero sin segundo.

El año nos mantiene y nos recrea,
mas muda cuatro cosas en el cielo,
y el océano siempre se menea.

El manto de los cielos con su vuelo
los mueve a todos siete, y él se mueve
con todo cuanto cierra en este suelo.

El sol a la mañana el Ebro bebe
y a la noche reposa dentro en Tajo,
y no hay parte que a ser otro nos lleve.

Contar lo que se muda es gran trabajo,
pues que todo se muda tarde o cedo;
mejor es el camino que el atajo.

Sólo yo soy un hombre que estoy quedo,
que nunca trocaré la fantasía
ni el cielo me hará mudar un dedo.

Torne la noche oscura en claro día,
vuelva el día después en noche oscura,
siempre seré, señora, el que solía.

Amor puso en tu mano mi ventura,
nací a tu voluntad predestinado,
aunque ésta suele ser de poca dura.

Sea por elección o sea por hado,
jamás te vi en un ser para conmigo
como a todas las cosas que he contado.

Yo sin bien, sin favor y sin abrigo,
aunque a tus fuerzas hago resistencia
mas nunca pude contrastar contigo,

las peñas venceré con la paciencia,
y tú las vencerás con aspereza
sin que puedan hallar en ti clemencia.

De aquí sé que yo nací para firmeza
y todo lo demás para mudanza
sino sólo el rigor de tu crueza;

porque, siendo contrario a mi esperanza
y ella a un fin que no llega enderezándose,
ha de tener en filo esta balanza.

Vaya el mundo, si quiere, rodeándose,
que yo estaré en un punto siempre firme
y su ser andará siempre mudándose.

Con cualquier fuego puede Amor decirme
que me ha abrasado el alma como escribo,
y aun que me ha sentenciado sin oírme.

Al principio sin duda estaba vivo,
cuando el fuego me comenzó a abrasar
sin conocer este dolor esquivo.

Amando no sentía qué era amar;
iban mi bien y mal juntos contino;
miraba y respondíanme a la par.

Si no me respondían por el tino
que yo me concebía o me soñaba,
helábaseme el huelgo en el camino.

Disimulaba y no disimulaba,
parecía en mi alma estar secreto
lo que en la plaza el mundo publicaba.

Andaba lo acabado y lo imperfeto,
lo cierto y lo dudoso contrastando,
y otros contrarios mil en un sujeto.

Cuántas veces me dijo Amor burlando:
«Guárdate, no des paso más adentro,
antes procura entrar, sabio, tentando.»

Mas yo, que no sentí el primer encuentro,
pensé que fueran todos tan livianos,
hasta que me hallé puesto en el centro.

Vinieron mis amigos, mis hermanos,
y todos me decían: «Que te engañas:
Amor es el que traes entre las manos.»

Holgara yo guardarme de sus mañas,
mas no pude, que vino a parecer
cuando estaba bien dentro en las entrañas.

Comenzáronse luego a recrecer
muchas cosas que antes no veía
aunque de aquí vinieron a nacer.

En fin, señor, el duro mal crecía;
Amor armaba lazos en lo raso
en que el simple amador daba y caía.

Entró en casa vacía y puro vaso,
y ocupó de manera el aposento

que no le sacará elección ni caso.

Siempre amo, y Amor es tan sin tiento
y me bate con tanta pesadumbre
cuanto a selva cerrada crudo viento.

Cae el rayo, y amenázanos su lumbre
dentro en lo más oscuro del nublado,
y hiere en lo más alto de la cumbre.

Todo el pecho se halla aparejado
a sentir este fuego, mas no guarda
todo pecho el amor en un estado.

Haz tú, si me creyeres, buena guarda
sin acogello más de una semana,
que se hace mal huésped cuando tarda.

Como suele un espejo o cosa llana
recebir en la haz una figura
y tornarla a volver en sombra vana,

ansí muchos alcanzan tal ventura,
que cualquiera en su pecho se repara
sin atarse con una hermosura.

El ama, la doncella y la más rara,
todas hallan un norte y expediente,
y a todas recogéis con una cara.

Fama es, cuando mató la gran serpiente
Cadmo, que con esteva y agujada
esparciese los dientes por simiente.

Vieras salir en medio del arada,
en un punto crecer hombres y arneses,
y producir la tierra gente armada.

Con agudas espadas y paveses
vinieron a encontrarlo de tropel,
amenazando tajos y reverses.

Cadmo, que vio la gente así cruel,
de ira y de furor llena y sangrienta,
tornar armas y pechos contra él,

no se olvidó el amor en el afrenta
ni quiso castigallos con su mano
por no dar de sus obras mala cuenta.

Apartóse y dejólos en el llano;
ellos, como se ven de furia ardiendo,
cada cual se volvió contra su hermano,

tanto que, entre sí mismos combatiendo,
allí donde nacieron acabaron,
matando unos a otros y muriendo.

Los que de esta jornada se escaparon
le fueron siempre amigos cordiales
y en todos sus trabajos le ayudaron.

Y yo, en el hondo centro de mis males,
en el cielo sembré mis pensamientos,
de que nacieron penas inmortales.

Mis hijos me persiguen a tormentos
y traban entre sí brava contienda,
cada cual por vencer los sentimientos.

Dudosos pensamientos, ¿no hay enmienda
al daño que hacéis dentro en mi pecho,
ni puede la pasión volver la rienda?

Pensé haber acabado todo el hecho,
y que la llama ardiente de esta espada
era muerta aunque fuese a mi despecho.

De ella nació la guerra guerreada
que amor cría en el alma y la fecunda,
y sin mi muerte no será acabada.

Aquella fue primera, ésta segunda,
de aquella fue el principio mal cubierto
y ésta se cría en parte más profunda.

Tal hora piensa el hombre estar en puerto;
revuélvese del cielo un viento vario
y alcánzale en el mar hondo, desierto.

Tal hora nos engaña un letuario;
tenémosle por bueno y no se alcanza

cómo es en todo a la salud contrario.

No puede estar un cuerpo sin mudanza,
ni el tiempo suele estar todo sereno,
ni veréis en la mar siempre bonanza.

Cuando creí que estaba más ajeno
de cuidados de amor, libre y quieto,
y de viejo deseo sano y bueno,

vime por otra parte más sujeto,
tanto más cuanto más era velando
que amor no penetrase en lo secreto.

Sin saber por qué parte, cómo o cuándo,
descubrió contra mí su fuerza y maña,
y mis sentidos fueron de su bando,

tal que, si el sufrimiento no me engaña,
la llama que en mi pecho es ordinaria
sería en otro incomportable, extraña.

Yo querría que fuese voluntaria
por mayor gloria mía, mas no quiere
que sea sino a fuerza mi adversaria.

Haga fuego y amor cuanto quisiere
que, sobre fundamento y causa tal,
amor crece y el fuego nunca muere.

En esta parte me veré inmortal,
y llevaré del tiempo la vitoria
que yo puedo alcanzar de tanto mal.

Puede ser que te venga a la memoria,
señora, del engaño que pasaba
cuando por gloria dabas vanagloria.

Mi mal no es bravo, mas la causa es brava,
por ventura más brava que se piensa,
y el deseo ni cansa ni se acaba.

Sea hado o razón lo que dispensa
en fin yo sacaré de esta partida
la inmortalidad por recompensa,
que es la más larga y descansada vida.

CARTA EN REDONDILLAS

El que es tuyo, si el perdido
de alguno puede llamarse,
de sí mismo aborrecido,
a ti envía a encomendarse.

No juzgues a presunción
que te escriba lo que siento,
sino a sobra de aflicción
y a falta de sufrimiento.

Y aunque esta carta cerrada
te parezca como quiera,
con mis lágrimas bañada
se imprimió el sello en la cera.

En ella toda verás
de mis congojas la muestra,
por donde conocerás
cuánto más siento que muestra.

¿Por ventura has olvidado
esta tierra en que moraste,
que aún esperan tu mandado
los amigos que dejaste?

Por cierto, si es en tu mano
escribir como solías,
¿qué nos haces de temprano
contar y esperar los días?

A los que lejos estamos,
si el amor es verdadero,
todo cuanto imaginamos
nos parece hacedero.

Puede ser que de contenta
nos tienes por olvidados,
y que pones en tu cuenta
los ausentes por pagados.

A hermosura tan alta

no contentará morada
donde lo menos que falta
es ser vista y adorada.

¿Qué te aprovecha la maña?
La discreción ¿qué te vale
entre esa gente huraña
para quien el sol no sale?

De mí puedes entender
que desesperado espero
y esperaré hasta ver
si tornas como primero.

Mas he miedo que el reposo
te convide a descansar
o quizá algún envidioso
te detiene a mi pesar.

Vivo los días pensando
si tiene mi mal enmienda;
las noches, no la hallando,
al llorar suelto la rienda.

Y paso atónito y loco
mi tiempo en esta zozobra,
que para llorar es poco
y para vivir me sobra.

Cuando finjo que te veo
o que algún tiempo me viste
es con el rostro y meneo
con que de aquí te partiste.

¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo
si el regalo me castiga?

Procuro quien te parezca
y, como ninguna hallo
que tanta gloria merezca,
bajo los ojos y callo.

Ya no estoy en mi poder,
que el desatino me lleva,

viendo que no puede ser
hacer tan falsa prueba.

Si duermo y soñando pienso
que te hablo, al mismo instante
huyes y quedo suspenso
la voz y mano adelante.

Sueños, quien de vos se ceba
no se acuerda del remate;
entráis haciendo gran prueba
y salís con disparate.

Una imagen tengo tuya
puesta delante mis ojos,
que aun he miedo que me huya
y pruebe a hacer enojos.

Háblola y hállola muda,
mírola y hállola esquiva
tanto, que me pone en duda
si es la pintada o la viva.

Revuelvo de cuando en cuando
y acuso mi ceguedad;
después digo suspirando:
¿por qué tanta gravedad?

Es la viva mi deudora
y la pintada me paga,
de manera que empeora
con el remedio mi llaga.

En otro tiempo holgara
de tratar con tus amigos,
y ahora huyo la cara
como de falsos testigos.

Que, trayendo a la memoria
lo que fui y lo que ellos son,
no me causan vanagloria
sino desesperación.

Quien llamó a la muerte ausencia
no estaba bien en lo cierto,
que no ha menester paciencia

el hombre después de muerto.

Yo que sufro, callo y veo,
ausente y mal satisfecho,

¡con cuántas muertes peleo
entre la boca y el pecho!

Tal me veo en tal afrenta,
señora, como te escribo,
que no me recibo en cuenta
las horas que sin ti vivo;

preguntando de hombre en hombre
si volverás o si engañas,
en la voz siempre tu nombre
y tu vista en las entrañas.

Y por carrera tan larga
voy de mí mismo huyendo,
donde, aunque el mal es la carga,
busco el fin no lo teniendo.

Mas espero, en mal tan grave
de tan contrarios extremos,
que se mude o que me acabe
como en otras cosas vemos:

el cielo que está ñublado
desecha la escuridad;
la luna y sol eclipsado
vuelven a su claridad.

Tras el invierno el verano,
tras la noche el día claro
y tras lo enfermo lo sano:
tras el mal viene el reparo.

El duro roble en la sierra,
de fuerte rayo herido,
vemos levantar de tierra
más alto y más extendido;

y la mar, que de turbada
hizo miedo a las estrellas,
torna clara y sosegada

como a competir con ellas.

Cualquier mudanza llegase
y llegase con presteza,
o el mal en bien se trocase
o cesase su braveza.

Piensa lo que sentiría
viéndote como te vi;
tan gran colmo de alegría
no podrá caber en mí.

Si no probara este punto
de ausencia ni de partida,
no perdiera todo junto
el alma, el mundo y la vida;

el alma, que desespero,
el mundo, que le aborrezco,
la vida, ya que no muero,
que muerto en vida parezco.

Cuando de haber tú partido
culpa alguna yo tuviese,
más querría no haber sido
o la tierra me sumiese.

Tan áspera adversidad
no hay hombre que la consuele,
pues no alcanza la piedad
a lo menos que ella duele.

Entre lo que vida alcanza
y entre los muertos busqué
remedio a esta malandanza,
pero nunca le hallé.

Uno, que no siente nada,
calla al otro, aunque lo siente;
en fin, no hay hora menguada
sino para el que está ausente.

Mas ¿qué haré si te gasta
contra mí algún importuno?
Para dañar uno basta,
para aprovechar ninguno.

Con voluntad invidiosa
vio mi mal y tu llaneza;
pareciérale otra cosa
si probara tu aspereza.

Tal medicina hay que daña
aunque al médico le place,
y tal ingenio que engaña
al maestro que lo hace.

A tirano antojadizo
dieron maestro cruel;
el toro de alambre hizo
quien murió encerrado en él.

Presto se le tornó en lloro
cuanto comenzó por juego;
él mismo dentro del toro
probó el tormento y el fuego.

Era el son de los gemidos,
con la fuerza de la llama,
cual suena a nuestros oídos
un bravo toro que brama.

El suceso y la invención,
el caso y la maravilla
movieron admiración,
mas no movieron mancilla.

¡Oh cruel! En este caso,
¿qué te dolió el bien ajeno?
La envidia te hinchó el vaso
cuando me diste el veneno.

Yo, como inocente de ello,
bebílo hasta acaballo;
en mi mano fue bebello
aunque no fue remediallo.

Si tú, señora, no quieres
tomar por mí la conquista,
procura ya, si quisieres,
de sanarme con tu vista.

CARTA EN REDONDILLAS

Gloria y descanso perdido,
puesto que, si gloria tuve,
no fue por el bien que hube,
sino de haber bien servido;

ya que os perdí por mi suerte
y he de callar y sufrillo,
adoro y beso el cuchillo
que me viene a dar la muerte.

No lo perdí como loco
ni con fantasía vana,
sino con intención sana
y apartado poco a poco.

¿Quién habrá que no me alabe?
¿Y quién que no me envanezca
cuando en mi fe se parezca
lo que en mi paciencia cabe?

Y tú, a quien el mundo tiene
por solo ejemplo en la tierra
si cuanto bien en sí encierra
es el que de ti le viene,

dame ánimo y fortuna,
Filis, para suplicarte,
que, si por mí no soy parte,
por ser tuyo soy alguna.

Aunque mejor es que diga
la carta lo que no oso,
pues no hallo, de medroso,
tiempo que no me persiga.

Y si acaso no te place
o te importuna leella,
puedes quemalla sin vella,
que es lo que de mí se hace.

Siempre bendigo la hora,
cuándo alegre y cuándo triste,

que por tuyo me quisiste
y te adoré por señora.

Pues vengo a ser envidiado
y corrido sin porqué
como mártir de tu fe
en mi sangre confirmado.

Persecuciones y penas
son para mí gran vitoria,
pues con sola tu memoria
las sufro y tengo por buenas.

Remedio no se te pide,
premio ni le hay ni le espero;
bástame sólo, si muero,
que mi muerte no se olvide,

y con tu gracia se entienda
cómo se encendió este fuego,
ya que de turbado y ciego
no basté a regir la rienda.

Mas, si para tanto peso
mis versos no fueren buenos,
sepan que tuve a lo menos

causas de perder el seso.
Yo me vi contento, ufano
y seguro de tormenta,
pensando que en una afrenta
me defendiera tu mano.

Luego entre los derribados
me vi por malos oficios,
y vi todos mis servicios,
antes de hechos, culpados.

La disimulada cara,
la intención vuelta al provecho
movieron tu blando pecho,
que de sí no se mudara.

Vino y cerró la mudanza
a mis méritos la puerta,
sin quedarme cosa cierta

sino fe y desconfianza.

Cargó la fingida lengua
contra mi inocencia muda,
aunque en fe no cabe duda
ni cabe en paciencia mengua.

La fe me alumbra y defiende,
me adelanta y me confirma,
y la paciencia me afirma
a sufrir cuanto me ofende.

Nada pudiera dañarme
si no entrara en esta cuenta
una voluntad atenta
que gusta de condenarme.

Condéname y no me escucha,
atrévase a mi inocencia,
pague quien tiene paciencia
que a todos parece mucha.

Hanme dicho tus amigos,
no lo tengo por verdad,
que mudas la voluntad
por relación de testigos.

Estos que contigo privan
y contra mí se conciertan
quizá en otra parte aciertan
pensando que me derriban.

Servir callando y sufriendo
solo soy el que lo puede
y, ya que más no me quede,
quedarme ha morir sirviendo.

Acabáranse mis días
seguro, aunque me derruequen,
que por otro no me truequen
porque estas señas son mías.

Mucho fían de sus artes
los que conversan contigo
si, porque alguno es tu amigo,
te aconsejan que lo apartes.

De pura malicia chisma
quien habla lo que no entiende,
porque a su valor ofende
o hace contra ti misma.

Mis enemigos me dañan,
mis amigos no me ayudan;
cuando faltan o se mudan,
si me mienten no me engañan.

Soy obligado a creer,
aunque sus lenguas me empecen,
hasta que juntos tropiecen
donde yo vine a caer.

Por donde su juego entablan
estos que son en dañarme,
es que trate de excusarme
con cuantos hablo y me hablan.

Mas yo callo, aunque importuno,
y huyo de dar excusa,
porque quien la da se acusa
si no se la pide alguno.

Han procurado que pierdas
una voluntad sujeta,
amistad limpia y perfeta
de la que ya no te acuerdas,

con un ánimo constante
de tenerte por señora,
como he hecho hasta agora

y haré de aquí adelante.
Pregúntanme si es amor
y levántanme que rabio,
pues no es tan chico el agravio
que a tienta busquen autor.

Dicen que no me declaro,
que hablo y escribo escuro;
aun así no me aseguro,
¿qué haría hablando claro?

Venganza pido que salga
y ésta sea a instancia mía;
tenga invidia y porfía
con quien menos que yo valga.

Traten con desabrimiento
y sea yo el que lo haga;
siempre sirvan a quien paga
con desagrado.

Hablar con atrevimiento
no me conviene ni toca,
porque no pague la boca

pues no peca el pensamiento.
La paciencia es la que vale,
si alguna paciencia hallo
que de lo que sufro y callo
a la menor parte iguale.

Ya todo el mundo se mueve
a conjurar en mi daño,
¡y que sea en este engaño
la que menos me lo debe!

¡Oh amiga cierta, escogida,
de mis pensamientos suma!,
¿por qué me ofendió tu pluma
firmando contra mi vida?

No es hombre el que me disculpa
ni acierta el que no me hiera,
pero el que a Filis sirviere
sé que no me dará culpa.

De lo que dirá se espanta,
huirá cuando pueda,
verse ha en la polvareda
sin ver de qué se levanta.

¡Oh miedo, si no lo hubiese
a cuánto me atrevería!
En quejarme gastarí
todo el tiempo que viviese.

Y aunque mis días se alargan,

sería breve el proceso
y poco lo que confieso
según las quejas me cargan.

No me diga éste y aquél
«Amor es el que te engaña»,
que otro accidente me daña
más poderoso y cruel.

Vos, fantasías extrañas,
vos, insidias y sospechas,
sois las verdaderas flechas
que atravesáis mis entrañas.

Si hay culpa, yo me la cargo;
si hay daño, sobre mí llueve,
porque al entender fui breve
y al obedecer fui largo.

Levantáronme de vuelo
con el mandarme tan presto;
yo desvanécime de esto
y di conmigo en el suelo.

¿Cuál manda en esta querella
donde hay tanta novedad:
Filis a la voluntad
o la voluntad a ella?

Cualquiera manda, y parece
que manda como enemiga,
si cuando razón castiga
la voluntad aborrece.

Como a razón te obedezco,
señora, y llamo en mi pecho,
no quedando satisfecho,
que mayor mal no merezco.

Y, aunque esta razón me obligue
a huir de mi enemigo,
sola tu voluntad sigo
y ella es la que me persigue.

Ya que juzgarme te plugo,
tu juicio no se tuerza,

mas no pongas tanta fuerza
en las manos del verdugo.

Ni debes, aunque lo quiere,
dar a la voluntad tanto,
que cobijes con tu manto
cuantos agravios hiciere.

Si pudiese, acordarte hía
por cuán loable se tiene
por nueva causa que viene
no mudar la fantasía.

Mas lo que temo y me duele
es que tu merced me crea
y que esta mudanza sea
siempre en peor como suele.

Será cansar el juicio
quien con Filis procurare
que todo cuanto mandare
no sea en mi perjuicio.

Y es mudar lo que acostumbra
empresa tan imposible
como hacer invisible
este sol que nos alumbra.

Y así tomaré por medio,
si de ello se satisface,
loar lo que dice y hace
sin buscar nuevo remedio,

sin querer que me halague
o procure complacerme;
antes con no conocerme
desearé que me pague.

Por esas manos fui hecho
y por ellas descompuesto,
y de que no fue más presto
quedo alegre y satisfecho.

En ellas adoro y beso
que tanto me sustentaron,
y porque me descargaron

no pudiendo con el peso.

En fin, lo que el hombre quiere
es no verse en otra afrenta,
y escapar de la tormenta
a nado o como pudiere;

fuera del inconveniente
colgar las mojadas prendas
donde las veas y entiendas
que hay alguno que escarmiente.

Las palabras de agraviados,
Filis, no han de ser creídas,
que son más encarecidas
cuanto están más apretados.

Yo he de tenerme por tuyo
preso, libre, vivo o muerto,
y entonces será más cierto
cuando pienses que huyo.

CARTA EN REDONDILLAS

Vivo en tierras apartadas
lejos de tu hermosura;
si yo hice mi ventura,
ella me castiga a osadas.

La culpa de este pecado
fue miedo de importunarte,
y la pena es no mirarte;
ved si estoy bien castigado.

Querría agora valerme,
aunque fuese importunando,
y lo que has de responderme
será vengarte callando.

Mas ¿qué sentirá la carta
que ni responde ni calla?
Y si te enoja o te harta,
puedes rompella o quemalla.

Pagará tu atrevimiento
pues quiso hablar con quien
nunca tuvo mal ni bien
contra tu consentimiento.

Que mudar tu condición
es afán vano y perdido
y dar nueva alteración
en el reino del olvido.

¿Por ventura la piedad
templará algo de este daño,
aunque en cualquier novedad
como cautivo me engaño?

¿Cómo he de tener certeza
que una tan clara mudanza
es de olvido o si es tibieza
quizá de desconfianza?

Quien no lo puede excusar
y manda lo que se ofrece
a las veces ha pesar
si el que es mandado obedece.

Y así no me quejaré
de nadie sino de mí,
que soy el que pagaré
porque tan mal entendí.

Duélete del que sintió
pena de penas mortales,
duélete del que sufrió
el mayor mal de los males.

Oye y cree lo que digo,
que no sientas lo que siento,
porque aunque tomes castigo
no tomarás escarmiento.

Yo me vi puesto en la cumbre
y vime en lo hondo luego,
y vi demasiada lumbre
y vime de vella ciego.

¡Cuán presto mudan estado
amor y tiempo y fortuna!
¡Cuánto fue mejor librado
el que no probó ninguna!

¿Qué puede un hombre gozar
por mayor buenaventura
que de tu gana mirar,
señora, tu hermosura?

¡Cómo de penas es pena,
cómo de muertes es muerte
que por voluntad ajena
quien te vio no pueda verte!

Nadie viva en confianza
que siempre dure lo que es,
pues que toda buenandanza
trae consigo el revés.

Amor, el que te bendice
no pasó por este trago;
no me pagan lo que hice,
y lo que no hice pago.

Vi dar a toda la gente
al justo por condenado,
vi llorar al inocente
y reír de él al culpado.

¿Y quién sabe si esta vez,
según la desdicha mía,
fuiste, señora, el juez
y también el que reía?

Y a mí, que tanto me toca
que disimule este engaño
y calle, o abra la boca
para agradecer mi daño,

antes se pierda y acabe
en el mundo la virtud,
que yo diga que en ti cabe
tal suerte de ingratitud.

Ni tus pechos son de hierro

ni tu condición tan dura,
que pueda caber tal yerro
donde hay tanta hermosura.

No es de ánimo valeroso
tomar tan bajo camino
en que mostrarse quejoso
vale menos que mezquino.

¿De quién me puedo quejar,
que yo mismo me engañé
cuando quisiera trocar
por confianza la fe?

Esperanza probó a alzarme,
tú bajásteme a la hora
porque presumí igualarme
contigo, mi hacedora.

La paciencia en tal dolor
fuera un remedio sencillo;
menester había valor
y ánimo para sufrillo.

Mi daño busqué yo mismo;
si tú hallas el consuelo,
del cielo vine al abismo,
iré del abismo al cielo.

Respuesta

Unas coplas me han mostrado,
dicen son de un caballero
que está ya determinado
no mirar por agujero.

De casa de la princesa
el señor se ha despedido;
dicen que fue de corrido
porque no entraba a la mesa.

Sea por lo que quisiere,
cierto él fue inconsiderado,
que pues nunca fue criado
¿cómo despedirse quiere?

Yo le quiero responder
a este despedimiento
que con poco fundamento
este hombre quiso hacer.

Las damas poco ruido
tuvieron, señor, con vos,
porque, ¡así me ayude Dios!
no saben si sois nacido.

Don Cristóbal abonar
no puede vuestra persona,
aunque le venga a ayudar
Sarriá y el duque de Arjona.

De tarde comer, señor,
no echéis la culpa al terrero,
pues no trae el comprador
que aderece el cocinero.

No traer paje pulido
acechando por rincones
¿es por falta de doblones
o por no dalle vestido?

No negociar con dinero
ya yo lo tengo entendido,
que aunque sois gran caballero
de eso estáis mal proveído,

para poder corromper
ningunas guardas pesadas,
ni tampoco a las criadas
ningún servicio hacer.

Si a Alexico preguntar
queréis, si os sale al encuentro,
las nuevas que hay allá dentro,
él no os las querrá contar.

Pues desengaño esperar
¡por Dios, no sé yo de qué!
porque cierto yo bien sé
ninguna os quiso engañar.

Nunca hicistes tanto daño,
ni anduvistes tan valido
que fuédeses perseguido
de guardas ni de Recaño.

Y esto atestiguarán
testigos muy verdaderos,
que son muchos caballeros
que todos lo jurarán.

No pensar cosa en la cama
para a las damas decir,
aunque las penséis no hay dama
que os las quiera a vos oír.

Así, señor, que el callar
fuera muy mayor fineza,
que no venir a trovar
coplas es cas de Su Alteza.

Bien haréis en no justar
ni querer ser danzador,
pues justar, trovar, danzar,
ninguno lo hace peor.

No hacer negociación
de en sarao tener lugar,
será muy gran discreción
porque no os lo querrán dar.

En la cama mucho estar
y no ir a las Descalzas
disculpa podéis bien dar
diciendo no tenéis calzas.

Oír misa con devoción
es muy buena cristiandad;
¡tener menos vanidad
y no tanta presunción!

Que, cierto, es gran fantasía
querer vos imaginar
que dama os ha de mirar
al pasar la celesía.

Que os deis, señor, a entender,

también es cosa excelente,
que os ha de ir criado a ver
de dama estando doliente.

No habléis tan confiado
ni con tanta melodía;
tened, señor, cortesía
y en hablar sed bien criado.

Y yo os quiero aconsejar,
y tomad mi parecer,
que no queráis más trovar
no os venga en casa a llover.

CARTA EN REDONDILLAS

Cuando al hombre sin abrigo
gran adversidad viniere,
no se turbe y considere
si trae algún bien consigo;

que, teniendo en la memoria
lo que le salva y condena,
si el uno le diere pena,
el otro le dará gloria.

Quizá por caso movida,
señora, de mi afición
trocaste tu condición
mostrándote agradecida;

y quieres saber qué siento,
dónde estoy, cómo partí,
que este bien en cuanto a mí
llamo yo agradecimiento.

Muy bien sé que tal concepto
es presumir demasiado,
que no pones tu cuidado
en tan pequeño sujeto.

Y que el tiempo que a ti place,
es el caso y lo ha ya hecho,
haga alguna vez provecho
a quien tanto daño hace.

Si te hablo alguna cosa,
tú piensas que devaneo,
mas la fe rige el deseo
y el deseo es el que osa.

Pues sea el medio la carta
y ella en mi nombre te diga
si vive, y con qué fatiga,
quien te vio y de ti se aparta.

Y aunque escribir mis cuidados
parecen pasos perdidos,
que apenas serán leídos,
cuanto más ser remediados,

bástame para aliviallos,
sin pedir que te arrepientas,
señora, que los consientas
como causa por vasallos.

Contemplar penas pasadas
presente dolor amansa,
y a veces hombre descansa
volviendo a ver sus pisadas.

Mas a mí, que el bien me huye
y de mal en peor vengo,
antes que pase el que tengo
el que viene me destruye.

Partíme triste muriendo
y dices que partí bueno,
pues muchos comen veneno,
que he visto morir riendo.

Porque una dolencia tal,
cuando se cubre en instante,
toma fuerzas adelante
y tanto más crece el mal.

Fuera como si no fuera,
pues quise partir en punto
que me viese todo junto
hecho menos de lo que era.

La razón de hombre mudada,
perdido el seso y concierto,
más me quisiera ver muerto
que vivir y verme nada.

Los que presentes estaban
jurara que me entendían,
que las entrañas me vían,
mis pensamientos contaban.

¡Oh sospechas y respetos,
y cuántos males causáis
siempre que os apoderáis
en corazones sujetos!

Tan atónito quedé,
que salí como adormido
y, cuando me vi partido,
dije en mí: «Esto ¿cómo fue?»

Quise volver del camino,
mas la razón me impidió,
porque pudo más que yo
y templó mi desatino.

Lugar propiamente mío
es el lugar donde estoy;
todo es mañana sin hoy,
todo es invierno o estío.

El tiempo os pasa adelante;
sentíslo y no lo veréis;
con la mano tocaréis
el poniente y el levante.

Vaya el hombre por do fuere
no ve sino abismo y cumbre;
aún el día no da lumbre
cuando en los ojos se muere.

Y si alguna yerba verde
su naturaleza trueca,
no es nacida cuando es seca
o de viciosa se pierde.

Los llanos, montes y sierras

nombres son y devaneo;
óyolos y no los creo
como cuentos de otras tierras.

Dícese que hay río y puente;
vemos casas por defuera,
que hay calles y corredera,
pero no vemos la gente.

Lugar solo y sin consuelo,
de pensamientos misterio,
no hay en ti otro refrigerio
sino peñascos y cielo.

De imaginaciones nido,
triste abrigo de sospechas,
las que el hombre trajo hechas
y después han sucedido.

Pensé hallar algún medio
buscando la soledad;
hízoseme enfermedad
lo que tomé por remedio.

Como médico y paciente
siento el despecho y el daño:
despecho por el engaño,
daño por el accidente.

¿Qué seso de hombre podrá
juntar palabras y arte
que declaren una parte
de lo que en el alma está?

Mas ella misma se esfuerza
viendo que de ti se aleja,
y de mí solo se queja,
que en partir le hice fuerza.

Fue muy justa la querella,
que un alma tan descontenta
cualquier pesar la atormenta
y muchos caben en ella.

Maltrátala cada uno

y ausencia la desbarata,
porque el dolor que nos mata
es apartar lo que es uno.

En contrariedades vive
y ellas mismas la destruyen;
cuando del sentido huyen
dentro de sí las recibe.

Conciértanse estos lugares
aunque hay tanta diferencia;
pone el alma la paciencia
y el sentido los pesares.

Pues ¿qué haré en el extremo
de vida tan trabajosa,
donde mi voluntad osa
aquello solo que temo?

Del medio no me contento,
contra los fines guerreo,
voy y vengo del deseo
hasta el arrepentimiento.

Sólo era dado a mi suerte
sufrir tan pesada carga,
porque una ausencia que es larga
no es ausencia sino muerte.

Muerte porque causa olvido,
que el amador apartado
es muerto si es olvidado,
muerto, mas tiene sentido.

Sospechas que siempre crecen
mi seso turban y espantan,
que de poco se levantan
y de lejos se parecen.

No hallo razón que tuerza
la imaginación contina
que a mi despecho me inclina,
aunque no me hace fuerza.

En ningún consejo caigo,
sólo el quejarme conviene

por lo que de fuera viene
y lo que en mi pecho traigo.

El alivio es siempre menos
y los trabajos doblados,
porque lloro mis cuidados
y los placeres ajenos.

Y tú que me ves perdido
quizá eres en condenarme,
¿no te basta derribarme
sino pisarme caído?

¿Conmigo serás cruel,
que jamás te di embarazo
y antes me rindió tu brazo
que viese la fuerza de él?

Quebranta fueros y leyes,
niega amigos y parientes,
que mataste muchas gentes
y venciste fuertes reyes.

Nadie te vio que viviese,
nunca amenazaste en vano,
pero ¿quién sintió tu mano
que de ello se arrepintiese?

Habla, valor, discreción,
gracia, hermosura eterna
sojuzga, doma y gobierna
cualquier brava condición.

Mujer que a muchos venció
tuvo algunos de estos bienes;
mas tú, que todos los tienes,
¿cuál nunca te resistió?

¿Qué ley en que nos salvemos
nos das, que ésta que nos diste
con tus manos la hiciste
para que nos condenemos?

Porque tú, en todo perfeta,
de nadie te satisfaces,
en lo que dices y haces

tan varia como discreta.

Amadores, enojaos,
pero no queráis pecar,
y en la fuerza del penar,
cuando os quejéis, humillaos.

Abrid vuestros corazones
y mostrad vuestra inocencia;
hable por vos la paciencia
cuando os faltaren razones.

Mas humildad y secreto
ante ti son como nada,
que al cabo de la jornada
caen en mayor defeto.

Mira cómo te resuelves,
que estas virtudes unidas,
si no son agradecidas,
en su contrario las vuelves.

Una gran necesidad
turba y aflige un gran seso,
y siempre procura el preso,
por bien que esté, libertad.

Yo mismo, cuando me acuerdo
que soy cautivo, aunque tuyo,
de entre las gentes me huyo
y entre las gentes me pierdo.

Sabes que soy fugitivo;
no me culparás por ello,
que la forma del hacello
suele excusar al cautivo.

Cuando con miedo o desdén
algún sobresalto tomo,
húyome, mas no sé cómo,
que huyo para mi dueño.

Tal me veo en tal lugar
y tal de ti me aparté;
allá me lleva la fe,
detiéneme acá el pesar.

Mas con estar aquí pago
la locura del partirme,
y paro en arrepentirme
por lo que hice y no hago.

Pasen el tiempo y fortuna,
que yo siempre estaré quedo;
conocerás tarde o cedo
que mi voluntad es una,

y que, habiéndote servido
por hado o por albedrío,
dos veces al mismo río
he venido y no he bebido.

CARTA EN REDONDILLAS

Amor me manda escribir,
temor me fuerza a callar.
¿Qué medio podré hallar
seguro para vivir?

Mejor es morir así,
no diciendo lo que siento,
si es de amor el mandamiento
y el temor viene de ti.

De ti es menester que venga,
que amor no tiene caudal,
porque mujer tan cabal
con solo callar se venga.

Siempre callarás conmigo
y yo siempre penaré,
pero nunca entenderé
si es por costumbre o castigo.

Quién sabe si me conviene
el callar o la disculpa;
quizá me cargo la culpa,
y sabes tú quién la tiene.

Mas a tanta confusión

me ha traído el desatino,
que ya no me determino
sino fuera de ocasión.

Un destierro voluntario,
si no es por inconveniente,
el que lo escoge lo siente,
pues no tiene otro contrario.

Y por esta enemistad
que yo no puedo negar
me desterré del lugar,
mas no de la voluntad.

Ella, que siempre fue tuya,
lo será cuanto yo fuere,
que el alma es la que te quiere
aunque el cuerpo se destruya.

Y pues ésta no va a parte
que no te lleve presente,
bien puedes juzgar qué siente
quien te ve y de ti se parte.

Yo me procuré este engaño
con determinarme presto,
y volveré por el resto
si en partirme hice daño.

Quejarme he de mi locura
y no de tu condición,
que tú obras por razón,
yo atribúyolo a ventura.

Busqué salvar a mí mismo,
pensé huir por valerme;
somero para esconderme
vi lo hondo del abismo.

Volví tan desconfiado
de ti y de mí tan corrido,
que conmigo ando sumido
y con todos sobreaguado.

Como siervo que se suelta
y que su dueño le olvida,

ni le sigue en la huida,
ni le convida a la vuelta.

Yo, ciego, sin albedrío,
¿dónde voy, de quién me huyo?
Tú no me tienes por tuyo
y yo no puedo ser mío.

Vuelvo a demandar clemencia
y perdón para mis yerros
en aquellos mismos hierros
que partí de tu presencia;

mas no con poco cuidado,
pues tu merced me condena
que otro goce con mi pena,
yo pague como culpado.

CARTA EN REDONDILLAS

Amor, Amor, que consientes
que los mis días se alarguen
para que juntos me carguen
todos tus inconvenientes.

Pues de tan recia porfía
no se puede dar la vuelta,
corramos a rienda suelta
por donde el caso nos guía.

Y tú, que eres sin zozobra
valor de cuantas hoy viven,
y el mayor bien que reciben
es el menor que en ti sobra;

tú, reina de corazones,
tú, para siempre hermosa,
tú, que vences cualquier cosa
con vista, gracia y razones,

vence tu voluntad dura
a ver en esta mi carta
cómo tu crueza aparta
lo que mi fe me asegura,

no juzgando a desvarío
que sin licencia te escribe
quien por tu voluntad vive
y nunca por su albedrío.

No dudo que mi tormento
a compasión te moviese,
si seso de hombre pudiese
comprender lo que siento.

Mas en dolor tan crecido,
que no cabe en piedad,
no llega la voluntad
donde no llega el sentido.

Tu condición ordinaria
me ha faltado con el bien,
que era defender a quien
es la Fortuna contraria.

Y aunque la razón te obligue
en mi favor a mostrarte,
siempre te ve de su parte
cualquiera que me persigue.

Dirélo o reventaré:
como alongada te viste,
mis enemigos pusiste
por pilares de tu fe.

Yo que callo, sufro y veo,
seré bienaventurado
si no imputas a pecado
por qué escribirte deseo.

Menos digo de lo que es;
miébrate que con mi daño
me pusiste por escaño
donde tuvieses los pies.

Con tus manos me fundaste
y dísteme a escarnecer;
quisiste desvanecer
la obra que levantaste.

Pensando que era ayudarme
no curé de apercibirme;
primero sentí herirme
y después amenazarme.

Vime tan en el profundo,
que deseé por abrigo
que te hundieses conmigo
y con nosotros el mundo.

Mas soy como el navegante
del viento y mar trabajado,
que no le pone cuidado
tener la muerte delante.

Perdido el seso y concierto,
despojado de razón,
en la desesperación
hallo el más seguro puerto.

Tengo la vida por carga,
y es para mí tan pesada
que, aunque corta la jornada,
me sobra y parece larga.

Siendo el remedio la muerte,
ha llegado mi locura
a tener por buena cura
lo que me aparta de verte.

El descanso de mi lecho
es entre espinas y abrojos,
y entre congojas y enojos
allí vivo satisfecho.

Gasto la noche y el día
en el tormento que digo:
yo de mi alma enemigo,
mi alma enemiga mía.

Este yugo tan pesado
querría echar de mi cuello,
pero ¿quién podrá hacedlo
que una vez lo haya probado?

Si resuelvo en un instante

de mudarme y apartarte,
no puedo huir a parte
que no te lleve adelante.

A todo busco remedio,
y cualquier remedio temo;
quiero venir al extremo
sin que pase por el medio.

La razón sierva se halla,
que había de ser señora,
y el alma donde ella mora
hecha campo de batalla.

Entre la ocasión y el miedo
pasa toda la querella;
tú fuiste la causa de ella
y yo el que vencido quedo.

Pero como a mi enemigo
llégome a quien me destruye,
porque la ocasión me huye
y el miedo queda conmigo.

Tú, viendo que el desvarío
me llevaba ya vencido,
quisiste darme el vestido
a la medida del frío.

Dijíste: «Sufre y muere,
que harta paga te dan;
no te quejes del afán
si quien lo causa lo quiere.»

¡Oh ley hecha por venganza,
confirmada por cruera!
¿Mándasme tener firmeza
y quítasme la esperanza?

Soy de tan flaco sujeto
que, mostrándome el camino,
apenas me determino
si es de consejo o preceto.

¿Quieres que vayan perdidos
suspiros bien empleados,

y se vean acabados
pensamientos tan subidos?

¿Y quieres ejecutar
el poder de redimir
en perder y consumir
a quien pudieras salvar?

Mi voluntad no merece
darme remedio con velo;
el bien puede ser consuelo,
mas castigo me parece.

Pero sea y no se tuerza
lo que de mí se te antoja,
pues nunca dan en que escoja
al que justician por fuerza.

Ni he de esperar ni pedir
otro alivio a mi cuidado,
aunque como lo pasado
me venga lo por venir.

Obedezco la sentencia
y tomo lo que me das,
que en el alma donde estás
no cabe desobediencia.

Véote libre en la cumbre,
y a mí cubierto de nieblas;
hasta que entré en las tinieblas
nunca supe qué era lumbre.

Yo conozco poco a poco
que igualarte otra ninguna
en hermosura y fortuna
es pensamiento de loco.

Cualquier cosa que mandares
daré por bien empleada,
mas mira que la jornada
no vaya toda en pesares.

Mas vaya, pues así quieres,
que no tengo por tan buenos
todos los bienes ajenos

como el mal que tú me dieras.

Quien no tiene libertad
¿por qué teme ni responde?

Algún beneficio esconde
tan preciosa voluntad.

Tú mandas que pene y muera
y, aunque dichoso me hallo,
si lo mandas, por mandallo,
será la merced entera.

Mil torres en tu servicio
armo sobre este cimientto,
harto chico fundamento
para tan gran edificio.

La gloria y el devaneo
la obra suben arriba,
mas tu voluntad derriba
cuanto levanta el deseo.

Y paso toda la vida
en continuo sobresalto
de no mejorarme en alto
por no dar mayor caída.

Aunque tras esto me place
verme puesto en tal afrenta,
donde el caer no escarmienta
y el subir me satisface.

¡Oh larga esperanza vana,
cuántos días ha que voy
engañando el día de hoy
y esperando el de mañana!

Tu merced no se detenga,
pues mi ser está en tu mano,
que nunca vendrá temprano
ningún remedio que venga.

Aún la memoria es hoy viva
de Anaxárete, que quiso
dejar con su yerro aviso

a cualquier persona esquiva.

Ésta fue reina hermosa
en toda Cipro estimada;
también fue la más culpada
de huraña y desdeñosa.

El triste de Ifis la vio,
y en vella quedó tan ciego,
que el desventurado fuego
en los huesos se embebió.

Gran tiempo contra el amor
se quiso fortalecer,
pero no pudo vencer
con la razón el furor.

Visitaba cada día
la puerta, humilde y pensoso,
que el amador sin reposo
por más que puerta tenía.

A la tinta y al papel
encomienda su secreto
porque con menos respeto
lo vea la causa de él.

Al ama que le dio leche
descubrió su pensamiento,
aunque para este tormento
no hay remedio que aproveche.

Por la esperanza le jura
del valor de su criada
que en cosa tan deseada
no quiera mostrarse dura.

Procuró tener ganados
a muchos amigos de ella,
a quien cuente su querella
que remedie sus cuidados.

Demandóles su favor
con voz solícita, ardiente;
quiere decir lo que siente
sin descubrir que es amor.

Aquellos tiempos usaban
los que trataban amores
colgar guirnaldas de flores
en casa de las que amaban.

¡Cuántas guirnaldas bañadas
con rocío de sus ojos
a manera de despojos
tuvo a la puerta colgadas!

¡Y cuántas veces cansado,
por descansar de su mal,
acostó en el duro umbral
el siniestro y diestro lado!

¡Cuántas veces dio a las puertas
de la mano con enojo!
¡Cuántas maldijo el cerrojo
porque no estaban abiertas!

Ella, más cruda y exenta
que hierro y acero hecho,
y más brava que el estrecho
que le embravece tormenta,

jamás dobló la cerviz,
siempre tan dura y huraña
como piedra en la montaña
que aun se traba en su raíz.

Si alguna ocasión se ofrece
de mostrar con él clemencia,
en ausencia y en presencia
le desdeña y escarnece.

Y pasa más adelante,
que a tantas obras esquivas
junta palabras altivas
dichas con fiero semblante.

Algunas veces le halaga
y engaña con esperanza,
porque después la mudanza
mayor impresión le haga.

Detúvolo muchos años
en tormento tan cruel,
que nunca se acordó de él
sino para estos engaños.

Ya no pudiendo sufrir
dolor de tanta fatiga,
a la puerta de su amiga
Ifis comenzó a decir:

«Anaxárate, venciste,
pon aparte este cuidado;
morirá desesperado
el que siempre vivió triste.

»Jamás te dará hastío
cosa que de mí proceda;
Fortuna paró la rueda
con mi daño y tu desvío.

»Apareja gran trofeo,
cíñete esa hermosa frente
de laurel que represente
que triunfas de mi deseo.

»Tú vences y lo deseas,
yo muero y huelgo en hacello;
no te pesará de vello
aunque más de hierro seas.

»Serás forzada a loar
quizá alguna cosa mía;
esto me causa alegría,
todo lo demás pesar.

»La vanagloria que muero,
señora, por tu servicio
será el primer beneficio,
aunque en el paso postrero.

»Y la mi muerte, testigo
que en algo te contentase;
y tú misma, que llevase
tan gran mérito conmigo.

»Acuérdate que la vida

me dejó antes que la pena;
si tú la tienes por buena,
yo contento y tú servida.

»Una y otra luz me falta
y con ambas me condeno,
la en que vivo y por que peno,
que me hace mayor falta.

»No tomaré de este mal
la fama por mensajero;
de mí sabrás el primero,
cruel, cómo soy mortal.

»Allí hartarás tu vista
el cuerpo frío mirando,
pues no le miraste cuando
de mí pudieras ser vista.

»¡Oh tú, dios que los mortales
y sus hados ves presente,
haz que dure eternamente
la memoria de mis males!

»Y en pago de estas porfías
y el escarmiento de quien ama,
da tanto tiempo a mi fama
como quitas a mis días.»

Después, la casa mirando,
levanta las manos juntas,
en la color ya difuntas,
y ambos los ojos llorando.

Como si fueran personas
a los umbrales habló,
que en otro tiempo adornó
tantas veces de coronas.

Y como el lazo trabase
a la puerta en una viga,
tornó a hablar con su amiga
antes que al cuello le echase:

«¡Oh cruel sin piedad,
tales guirnaldas te placen!

Pues tanto te satisfacen,
harta tu inhumanidad.»

Esto decía y, corriendo
por la garganta el cordel,
apretó el lazo cruel
y quedó el triste muriendo.

Mas no pudo el agonía
hacer tanto, que impidiese
que muerto no revolviere
adonde vivo la vía.

Llevan al desventurado
adonde la madre estaba,
que sospechosa esperaba
este semejante hado.

La cual, después de haber hecho
las obsequias y lloralle,
por la desdichada calle
pasó acompañando el lecho.

Anaxárete lo vio,
algo más blanda y humana,
y paróse a una ventana
por ver la muerte que dio.

Dios y su desconfianza
la traían ya turbada,
toda desasosegada
con temores de venganza.

Y dijo con rostro esquivo
mas con algún sentimiento:
«Quiero ver su enterramiento,
pues no le quise ver vivo.»

Apenas vio que traían
a Ifis muerto y tendido,
ya los ojos y el sentido
sintió que se endurecían;

y la sangre colorada,
huyendo del claro gesto,
le dejó amarillo presto

y tornó blanca y helada.

Ella procuró volverse,
mas los pies se le trabaron

y todo el cuerpo dejaron
sin fuerzas para moverse.

Quiso tornar la cabeza,
tampoco pudo hacello,
que la persona y el cuello
era todo de una pieza.

Y poco a poco muriendo,
en viva piedra tornada,
aun no pareció mudada
de lo que fuera viviendo.

CARTA EN REDONDILLAS

Querría contar mi vida
pues no se muda mi suerte,
mas para contada es muerte,
¡qué será para sufrida!

Si de mis adversidades,
Filis, tuvieses mancilla,
sería una maravilla
entre muchas novedades.

Cuando los hados porfían,
arrastran por los cabellos
al que no quiere ir con ellos,
pero si quiere le guían.

Yo soy aquel sin abrigo,
esclavo de mis cuidados,
a quien arrastran los hados
porque los quiero y los sigo.

¡Pluguiera Dios que yo hubiera
entre serpientes nacido
y, aunque no fuera querido,
que alguna de ellas quisiera!

Por ventura habría respuesta,
cuando mis males contase,
con que algo se reparase
vida que tan caro cuesta.

El tiempo me hace guerra,
la piedad me desampara,
nadie me mira a la cara
que no le suma la tierra.

Remedio que me consuele
ni le procuro ni le hallo,
antes pedillo o buscallo
más que el propio mal me duele.

Si no le busco, me daña
porque de olvidado muero
y, si le busco o le espero,
luego me hiere tu saña.

En tan peligrosa empresa
el sufrimiento me basta,
mas tu voluntad contrasta
que aun de que sufra le pesa.

Sentimientos y razones
hacen muy poco a mi caso,
porque por el mismo caso
las tienen por opiniones.

Dichoso el que fue escuchado
aunque creído no sea,
si dijo lo que desea
sin que esté nadie a su lado.

Cuando Amor alguno hiere
no hay deseo que no cebe,
que no trata como debe
el ciego, mas como quiere.

Pues veráse en mi dolor,
si a dar mi descuento llego,
cómo no es Amor el ciego
sino quien manda al Amor.

Ya fui libre de esta carga
y vi comenzar el daño,
mas fue tan breve el engaño
como la salida larga.

Ayer juzgaba imposible
tener mal de que me queje,
y hoy deseo que me deje
todo este mundo visible.

El fuego mi pecho enciende,
el aire mis quejas lleva,
el agua mis ojos ceba,
la tierra presto me atiende.

Pues ya que los elementos
que en el mundo nos sostienen
se junten y me condenen,
me salvan mis pensamientos.

Cúlpame porque me aflijo
el mundo aunque me desecha,
mas fuese lo que sospecha
y no lo que yo colijo.

El que siempre fue celoso,
pues de tomar cuenta gusta,
cuenta le daré muy justa
a trueque de algún reposo.

Cuantas maneras de enojo
y cuantos inconvenientes
desasosiegan las gentes,
en mi alma los acojo;

que, de acostumbrada y hecha
a tan triste compañía,
si se ofende no porfía,
ni se guarda si sospecha.

Ya no hay fuerza que me ayude
ni consejo sin engaño,
porque es procurar mi daño
procurar que algo se mude.

Dichoso ante todas suertes

y sobre todos dichoso
el que murió con reposo,
no, como yo, tantas muertes.

Ésta es la cuenta que puede
dársele de lo que dice,
que menos le escandalice
y yo más seguro quede.

Muestra que le pesa de ello
y aconsejarme desea;
conséjame porque vea
cuán imposible es hacello.

Si mis razones se vuelven
entre escrúpulos y dudas
que como flechas agudas
a mi pecho se revuelven,

¿qué consejo se le ofrece
en ocasión tan perdida
a que yo no dé salida
que contra mí se enderece?

Quéjome de la Fortuna
que me hiere al descubierto;
díceme que busque puerto
donde no hiera ninguna.

Poco sabe de esta cuenta
quien da consejo tan ciego,
que en el mar donde navego
ningún puerto hay sin tormenta.

Dice, si nuestro congoja
en todo lo que me enoja,
pues no me dan en que escoja,
que con suspiros afloja.

¡Oh suspiros sin licencia!
Mejor morís en el seno,
que para nadie fue bueno
muestra de poca paciencia.

Diz que piense en vanidades
como en descontentamientos;

aquéllos son fingimientos,
mas ellas puras verdades.

Mi alma no comprehende
tan peligroso consuelo,
antes vive con recelo
de que te cansa y ofende.

Que regale de buen arte
y entretenga tus amigos,
a todos como a testigos
y a ninguno como a parte.

Vendría en gran menosprecio
una presunción tan alta,
si redimiese mi falta
por tan apocado precio.

Que veo ese claro gesto,
vitoria de hermosuras,
que a todas deja a oscuras
o las destierra del puesto.

¿Cómo la veré contenta
que siempre la vi con ira,
y jamás acaso mira
que adrede no se arrepienta?

Que me acerco a esos oídos,
que, si escucharme no tienen
no querrán que se condenen
pensamientos tan validos.

No hay discreción que no ciegue,
no hay color que no demude,
y no hay lengua que no dude
antes que a hablarla llegue.

Y que esas manos te pido
que no merezco besallas,
ni me atrevo a demandallas
por lo poco que he servido.

Sería paso muy duro
si fingiese que las beso
y no quedara mi seso,

cuando lo finja, seguro.

Fingiré que prometieron
escribirme y consolarme,

mas para desampararme
como partido me vieron.

No confesará mi boca,
ni la fantasía imagine,
que mi ánimo se incline
a una esperanza tan loca.

Diligencia es defendida
y causa de rompimiento
reprochar el cumplimiento
aun de merced prometida.

Yo, que en muchos yerros caigo,
ninguno que a éste parezca,
antes sin vella perezca
que finja que la retraigo.

Mundo, el que no te conoce
ni entiende tus aparejos,
con estos y otros consejos,
puede ser que se alboroce.

Todos tus consejos ciegan,
tus consuelos son inciertos
y están en manos los ciertos
que al mejor tiempo los niegan.

El servir sin esperanza
y el desear de contino
suelen andar el camino
del miedo a la confianza.

Mas no tiene en qué se funde
en mi pecho ni en ajeno,
porque el miedo, que es su freno,
la escarmienta y la confunde.

Mucho puede la costumbre
en dolor que viene manso,
pero el mío es sin descanso:

¿qué consejo hay que le alumbre?

Desterrado en el abismo,
siento crecer mi deseo
y ningún descanso veo
sino buscallo en mí mismo.

Si el deseo se adelanta,
el pensamiento barrunta
y a la fin nunca se junta
con medio que no me espanta.

De tu saña ¿quién se guarda?
¿Quién hay que mis quejas mande?
Que, si la razón es grande,
el ánimo se acobarda.

La esperanza es sobre nada
y, aunque la lengua se esfuerce,
cualquiera punto la tuerce
como está desamparada.

Ocasión no puede habella
y la opinión está presa;
cuenta doyla, aunque me pesa,
donde curan poco de ella.

La gente ya me escarnece,
no quiere el tiempo valerme,
yo no acierto a socorrerme
y tu piedad me fallece.

El discurso es sin provecho
el remedio no tenelle
si está en las manos ponelle
que las heridas han hecho.

Tal vida es la que sostengo
cual soy yo, que la sostiene,
siempre peor la que viene
por mala que es la que tengo.

Y si compañía quiero,
tégola con mi enemigo
porque la tengo conmigo.
¡Ved cuál es el compañero!

CARTA EN REDONDILLAS

¡Oh noche turbia y oscura
a quien faltó el claro día,
siempre está en mi fantasía
tu tristísima figura!

No hay diversidad que baste
ni crueldad que me espante,
después que tengo delante
cuál veniste y me dejaste.

Juez riguroso y crudo,
fuese, mas fuese en presencia,
más áspera tu sentencia,
tu cuchillo más agudo.

¿Qué te costaba que fuera,
cuando mandaste partirme,
ya que fue sin despedirme,
por donde a Filis yo viera?

Viérame quizá pasando,
y fuera en esta ocasión
menos dura mi prisión
y tu cuchillo más blando.

No digo que ella se mueva
por ocasión tan liviana,
sino acaso o de su gana
como por ver cosa nueva.

Nadie sienta lo que siente
mi alma en esta jornada,
pues vio la gloria pasada
y ve la pena presente.

Era la gloria hablarte
y contemplar en tu gesto,
Filis, juntando con esto
otra más divina parte.

Tú ánimo no vencido,

discreción que nos da lumbre,
tu valor puesto en la cumbre
y tu ser nunca ofendido.

Esto nos obliga y vence,
y sin ello ser hermosa
es como temprana rosa
que pasa antes que comience.

La pena jamás acaba
porque su saña no amansa,
y porque de mí te cansa
cuanto en los otros se alaba.

Veo cómo el tiempo huye,
que es la pena en que no hay duda,
y ni tu favor me ayuda
ni tu saña me destruye.

Si acaso tienes despecho
y quieres probar tu lanza,
de mí te pido venganza
por el yerro que no he hecho.

Mas no querrás, yo lo fío,
diciendo que devaneo,
cumplir este mi deseo
por ser deseo y ser mío.

No es el valor que en ti cabe
para tan baja contienda;
castígueme el que me entienda,
ya que mira más que sabe.

Lejos irá de este cuento
quien me conoce y te entiende,
pues tu valor no de ciende
ni sube mi atrevimiento.

De luchar con la Fortuna
tengo las fuerzas perdidas,
y dame tantas caídas
que ya no temo ninguna.

Después, como se me acuerda
que por tu causa me atrevo,

crécenme fuerzas de nuevo
con que luchar aunque pierda.

Pero ver cuán poco puedo
me detiene y acobarda,
y así mi alma se guarda
de sacar fuerzas del miedo.

El remedio que no entiendo
estoy suspenso esperando,
no cayendo y levantando,
mas de contino cayendo.

Aquí me veo olvidado
sin tener quién por mí haga;
éste es el mundo y su paga
y aun quizá el mayor pecado.

Solo, sin abrigo y preso,
desamparado aunque firme,
ni puedo desafligirme
ni quiero dejar el peso.

¿Quién ayudará al ausente
si todos son en culpalle?
Pues alguien sale a ayudalle
que en saliendo se arrepiente.

La que sabe por qué muere,
como testigo de vista,
déle fuerza que resista
y sufrimiento que espere.

Soledad libre, apartada,
de mis cuidados misterio,
dicen que eres refrigerio
escogida y no forzada.

Y, pues forzada veniste,
da en mis males algún medio,
que también eres remedio
aunque el remedio más triste.

En ti hay libertad sencilla,
en ti hay voluntad exenta,
en ti no hay quien pida cuenta,

ni crueldad, ni mancilla.

En ti los deseos valen
y vuelan los pensamientos,

engañanse por momentos
las esperanzas que salen.

En ti se esfuerza el amante
y osa hablar su lenguaje
sin que le estorbe o le ataje
dulce o áspero semblante.

Duros casos se contemplan
que fáciles nos parecen,
grandes quejas se enternecen
y recias iras se templan.

Mil bienes de esta manera
podría decir y callo,
porque en estado me hallo
que él mismo me desespera.

Mas contra ausencia y olvido
¿qué remedio es el que basta,
si firmeza no contrasta
y el envidioso es creído?

¿A quién volveré mis ojos
que mis lágrimas entienda,
pues tú, que mandas la rienda,
la sueltas a mis enojos?

¿Dónde volveré mis quejas
que puedan ser remediadas,
tanto menos escuchadas
cuanto más libres las dejas?

Abre ese pecho, señora,
quita de él esa tibieza,
mira que es mayor crueza
el ser tibia y matadora.

Y, aunque en pedillo me alargo,
ya que el cuerpo se destruya,
el alma quede por tuya

y el pensamiento a mi cargo.

Asegúralo en tu seno
siquiera y no lo aproveches;
bástame que no deseches
un propósito tan bueno,

sin juzgar a confianza
que revuelva en mi memoria
tan alto estado de gloria
que no cabe en esperanza.

Aun en locura tan clara
no se le puede dar nombre,
sino castigar al hombre
que se atreve y la declara.

Y así quedaré con miedo
que tu ira me condene
adonde mi alma pene
lo que pecó mi denuedo.

Cualquier castigo es liviano
según yo debo ofenderte,
mas no que en tiempo tan fuerte
me desampare tu mano.

Ni te canses que procure,
pues la razón lo requiere,
si tu justicia me hiere,
que tu clemencia me cure.

CARTA EN REDONDILLAS

Triste y áspera fortuna
un preso tiene afligido,
mas no por eso vencido
con la fuerza de ninguna.

Entre sus cuidados vive,
ellos mismos le atormentan,
mil muertes le representan
y las más de ellas recibe.

Y aunque no se rinde al peso
de tantas penas y enojos,
rinde a Filis los despojos
de sus entrañas y seso:

tristezas y soledades
y quejas muy recatadas
que, si no son declaradas,
a lo menos son verdades.

Bien puede estar en prisión
el cuerpo y puesto en cadena,
mas el alma, que es ajena,
fuera va de esta ocasión.

¿Qué aprovecha hacer prueba
con guardas y encerramiento,
si la lleva el pensamiento
y él sabe dónde la lleva?

Señora, corta es la vida
para tan larga jornada,
porque ésta es muy apartada
y ella va muy afligida.

Mas yo fío del padrino
que la guíe como debe
y que a tus manos la lleve
por el más llano camino.

Tu piedad la defienda
y asegure en su servicio
cuando en este beneficio
no haya cosa que te ofenda.

Por ventura por ser mía
pide lo que no merece,
mas la razón obedece
y manda la fantasía.

Ella diga con respeto,
si fuere tu voluntad,
cómo tan alta verdad
cabe en tan bajo sujeto.

Y por mí escriba la pluma

lo menos de lo que paso,
que escribir de paso en paso
fuera una prolija suma.

Ya fue tiempo que miraba
y entre las gentes servía,
aunque mirando perdía
cuanto sirviendo ganaba.

Mas nunca osará emprender
tan notorio desvarío
si el seso y el albedrío
no estuviera en tu poder.

Mi buena fortuna quiso,
Filis, tenerme obligado
a tan dichoso cuidado,
aunque andaba sobre aviso.

Y jamás hallé en mi mal
muestra ni lumbre de bien,
si no fue servir a quien
ni terná ni tiene igual.

El que hubo alguna ventura
y después vino a perdella
alabe la causa de ella
y maldiga su locura.

Pero yo, que no me vi
mejor tratado que hoy,
ni maldiré lo que soy
ni alabaré lo que fui.

¿Qué fui yo por que me alabe?
¿Qué soy por que me congoje?
Harto gano en que se afloje
el menor mal que en mí cabe,

y que en estas ocasiones
pueda callar y sufrirme,
si tientan pecho tan firme
con tantas tribulaciones.

No trato en miedos que asoman
con destierros y con muertes,

porque éstos y otros más fuertes
con el ánimo se doman;

ni que el tiempo se comience

en tristeza y soledades,
porque son adversidades
que el mismo tiempo las vence.

Abra la boca el que osa,
que a mí el miedo me lo niega,
que la razón tiene ciega
y la opinión temerosa.

Dios guarde a quien se halaga
cuando le cuentan mis culpas,
y en no recibir disculpas
le parece que me paga.

Nadie hay que no me persiga
si cree que me destruyes
y, aunque de obligarte huyes,
¿quién no piensa que te obliga?

Y con todos me concierto,
pero cuéstate bien caro
ir por camino tan claro
a gusto tan encubierto.

De lo que Fortuna enlaza
contra mí no hago cuenta,
mas sólo me desatenta
si tu callar amenaza.

Ésta es la mayor fatiga
que al triste aflige y da pena,
porque callar le condena
y amenazar le castiga.

Aquí se encierran y esconden
sospechas y disfavores,
y otros cuidados mayores
que se entienden y responden.

Todas las otras porfías
han sido como señales

del comienzo de mis males,
y ésta del fin de mis días.

¡Aun si fuera para dalla
el que publicó mi muerte!
Pero no se halló fuerte
sino para publicalla.

Pues yo soy cierto, aunque huya
quien muchas veces tropieza,
que vive alguna cabeza
para que pague la suya.

Haría mucho a mi caso
cualquiera mal que llegase
si tu merced lo causase
por voluntad y no a caso.

Mas veo, por mi desdicha,
estorbos que me contrastan,
y mis servicios no bastan
a subir a tan gran dicha.

Y tú, enemiga, ¿demuestras
cuando mis males entiendes?
Si te cansas o te ofendes,
sólo a tu pecho lo muestras.

Éste es morir verdadero,
que en el morir no hay milagro;
éste es el paso más agro,
la muerte es paso postrero.

Siempre me vas persiguiendo
y yo nunca reparando,
ni vi tu brazo tan blando
que no saliese hiriendo.

Mas por peligro que traiga
vivir en ley tan oscura,
sólo mi fe me asegura
que ni tropiece ni caiga.

En la fe que no se ciega
no hay escrúpulo ni duda,
ni condición que se muda,

ni galardón que no llega;

no le turban sobresaltos
ni le desesperan sañas;
puede abajar las montañas
y los valles hacer altos.

Asosegada y segura
vive encima de la suerte;
tiene en tan poco la muerte,
que de la vida no cura.

A todo halla salida,
no se engaña con ninguno,
ni busca tiempo oportuno
ni ocasión descomedida.

Ella se juzga y comide,
sufre mil contrariedades
sin descubrir sus verdades,
si el tiempo no se las pide.

Huye del que la desecha
y al que la sigue se inclina,
y solamente la indina
quien tiene de ella sospecha.

Su fin es ir adelante,
donde va es donde viene;
en un fiel se mantiene
sin mudar ser ni semblante.

Trae de blanco el vestido,
rostro y pecho descubierto,
medio corazón abierto
y el otro medio escondido.

Dicen que Amor fue su padre
y su hermano el Desengaño,
que siempre excusa algún daño
a la Esperanza, su madre.

Junto con ella nació
su padre, madre y hermano;
crióla el Alma en su mano,
su blanca leche le dio.

La Lealtad confiada
y la constante Firmeza,
y la Honra sin pereza,

y la Verdad apurada,

toda junta esta compañía
sigue y sirve a esta señora;
cada cual de ellas la adora,
nadie la miente ni engaña.

Su casa es hecha de espejos
en que se conoce y mira,
que no le dicen mentira
ni dan fingidos consejos.

Ninguna puerta se cierra,
descubierta por el cielo,
de blanco mármol el suelo,
pero no llega a la tierra.

De fuerte acero su lecho
y de diamante el estrado,
un can al siniestro lado
y una serpiente al derecho.

Escrito sobre la puerta:
«lejos, cerca, tarde, cedo,
pobre, rico, esfuerzo y miedo»,
todo junto se concierta.

¡Oh firme fe sin zozobra!,
venganza de mí te pido
cuando te hubiere ofendido
en pensamiento o en obra.

Si en corazón tan sencillo
hallares algún doblez,
sea Filis el juez
aunque haya sido el cuchillo.

Tú, que en el tronco te asientas,
miras, conoces y mandas
las entrañas en que andas
y los pensamientos cuentas,

mostrarás claro algún día
cómo, si males padezco,
puesto que no los merezco,
hago de ellos compañía.

No porque piense ayudarme
para que el dolor amanse,
no porque el alma descanse,
pues el descanso es quejarme;

pero está en manos el dallo,
que, si algún descanso espero,
el descanso verdadero
es morir sin demandallo.

En el mar de novedades
y en las ondas de mudanza
tengo firme la balanza
en que pesan mis verdades.

En mi fe no cabe engaño
ni en mi voluntad ayuda
con ver que todo se muda,
aunque se muda en mi daño.

Señora, ¿de qué te cansas?
En mi fe ¿qué culpa hallas?
O ¿por qué a mis quejas callas
ya que tu saña no amansas?

El quejarme yo lo pago;
escribir caro me cuesta,
si el callar dan por respuesta
siendo lo mejor que hago.